

“Micropolíticas del deseo” de Suely Rolnik

ANA MARÍA MARTÍNEZ DE LA ESCALERA
(Profesora del Colegio de Filosofía)

EL NOMBRE DE Suely Rolnik se encuentra asociado estrechamente al de Gilles Deleuze, Guattari, Pierre Clastres y al de Lygia Clark, entre otros. Además de esta importante compañía teórica y afectiva que en un sentido muy determinado lo ubica para nosotros en el momento más creativo de la crítica que produjo la contracultura, el nombre propio de Suely significa un permanente ejercicio de resistencia –en la clínica y en el pensamiento– contra las formas serializadas (mediatizadas) de la experiencia contemporánea. Walter Benjamin describió en su momento esta particularidad con el sintagma pobreza de experiencia, es decir, una experiencia que no da frutos sociales. Con el nombre de Suely también se describe hoy en día la crítica y la clínica que otorgan la fuerza de resistencia a las relaciones contemporáneas entre el arte, lo político y el deseo. Este último es el que nos convocó. Nos dimos cita Rolnik, Mariflor Aguilar, Marcela Gómez Sollano y quien esto escribe, para charlar sobre las micropolíticas del deseo, su estructura constitutiva (si la tienen), la performatividad que ponen en juego (y las subjetividades que por ende entran en acción) y para hacer la peculiar genealogía de esa charla. Esta última empezó de “manera secreta”, esto es, sin conocernos, o más bien sin que Suely supiera de nosotras. Pero esa amistad secreta empezó a trabajar antes de su venida a México, cuando conocimos un libro que, entre otras cosas, albergó su primer ensayo publicado *Amor... lo imposible y una nueva suavidad*. El libro relata una experiencia de pensamiento a dos voces: la de Rolnik y la de Guattari y se llama cartografías del deseo. Pero digo mal, el texto así llamado no es un relato, es más bien la puesta en acto de la experiencia de un viaje a través de territorios del discurso y de la acción, a través de la geografía de la injusticia en Brasil. Las voces trazaban mapas. De Deleuze, el libro parece haber aprendido que un mapa no sólo debe entenderse linealmente como el trazo continuo que une un punto de partida con un punto de llegada y ubica con gran economía del diseño estancias intermedias para el descanso. El mapa deleuziano es un mapa de intensidades, de profundidad y densidades que no se refieren a hitos de un viaje, paradas o estaciones, sino a lo que entreteje el trayecto. La concepción cartográfica del libro es por lo tanto muy distinta a la concepción psicoanalítica que vincula la memoria al inconsciente (concepción conmemorativa o monumental que Nietzsche se encargó de criticar en sus *Segundas Intempestivas*), que se refiere a cosas y personas para las cuales la memoria es un medio de conservación, de identificación o de autentificación (como en la forma tradicional del museo que hoy expira ante nuestros ojos). Por cierto, un mapa no es un museo. Un mapa del deseo se resiste a unir causa y efecto para, en su lugar, agregar un matiz, un retoque, un cambio de idea... El mapa permite evaluar esos desplazamientos grandes y pequeños.

En esa charla quisimos también hablar de los desplazamientos, pues queremos contribuir a ellos, esto es a la dispersión creativa, poética de las dos voces que nos preceden agregando algunos retoques, algunos desvíos. Nos hemos propuesto contribuir al desarraigo del deseo de los territorios donde se encuentra estacionado, estancado y en los cuales no es posible habitar, esto es no se puede uno o una construir y reconstruir como otro abierto al libre juego.

Agradecemos por lo tanto a Suely la oportunidad para dibujar por encima de su mapa nuevos escenarios del deseo, escenarios donde el deseo está próximo a inventarse y trabaja ya nuestro pensamiento y vocabulario desde este otro territorio en el que esperemos muy pronto deje de refugiarse la injusticia y el dolor que produce el poder hegemónico sobre el cuerpo. ♦